

En la lucha de la vida en la que a veces sentimos la tentación de retirarnos, importa tener fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Cristo. La primera lectura nos habla de la corrección de Dios que procede del amor. Todos debemos sentirnos interpelados por las advertencias del evangelio sin excusarnos en presuntas prerrogativas. La corrección es un instrumento pedagógico que confiere a la fe y a la vida relajadas un nuevo vigor cristiano. Los paisanos de Jesús se escandalizan de él. Se asombran de sus enseñanzas. Su sabiduría, su poder, sus milagros les superan pero no quieren admitirlo e invocan como justificación que conocen a su familia y su vida anterior entre ellos. Si antes era un humilde carpintero, ¿de dónde había sacado todo eso? Este es el destino de todo profeta en su tierra, entre sus parientes y en su propia familia. Mientras mantengamos esta actitud no podemos ser agraciados con ninguna curación que presupone la fe en Jesús.

Día a día a través de nuestras palabras y conversaciones podemos llevar la verdad de Cristo o un mensaje antievangélico. Somos buscadores de la verdad. Alguien con esta inquietud un día encontró una tienda donde vendían la verdad. No daba crédito. Entró en la tienda y la dependienta amabilísima le preguntó si deseaba comprar la verdad parcial o la verdad plena. Contestó que quería la verdad desnuda, clara y absoluta. Fue conducido a otro departamento donde vendían la verdad plena. El vendedor lo miró compasivamente y le dijo que tenía un alto coste. Si

Vd. se la lleva el precio consiste en no tener ya descanso durante el resto de su vida. Salió de la tienda pensando que aún no estaba listo para la Verdad. Ansío la paz y el descanso. Todavía necesito engañarme un poco a mí mismo con mis justificaciones y racionalizaciones. Sigo buscando el refugio de mis creencias incontrastables.

Hoy nos fijamos en Tomás de Aquino, hombre de ciencia y de piedad, que supo dialogar con el pensamiento de su tiempo. Decía San Pablo VI: “No cabe duda de que santo Tomás poseyó en grado eximio audacia para la búsqueda de la verdad, libertad de espíritu para afrontar problemas nuevos y la honradez intelectual propia de quien, no tolerando que el cristianismo se contamine con la filosofía pagana, sin embargo no rechaza a priori esta filosofía”. Supo conciliar la secularidad del mundo con las exigencias radicales del Evangelio.

Enriqueció su ciencia con la fe y la ciencia le llevó a vislumbrar nuevos horizontes en la fe, teniendo siempre como referencia a Cristo. Contar con Cristo es sentirnos libres y seguros aun cuando los senderos de la vida se vuelvan a veces tortuosos. “Por mi parte, escribió Santo Tomás, veo claramente y como principal tarea de mi vida que me debo a Dios de tal modo que toda palabra o sentimiento que provenga de mi, debe expresarlo”. Hablar de Dios a los hombres para poder hablar de los hombres a Dios. Proclamó la verdad que lleva a ver la imagen verdadera del hombre. Cuando se vive

coherentemente la verdad de Cristo, se acierta a identificar el amor cristiano con el misterio de la cruz y el amor sincero y real a Dios y al hombre.

“Yo no soy sino el servidor, que todo sea según tu palabra”. Esta actitud nos lleva siempre a quedarnos con lo bueno. Esta capacidad crítica es necesaria “para discernir entre las múltiples proposiciones culturales, siendo conscientes de que no todas conducen a la auténtica libertad” y liberarnos de visiones reductivas en relación al mundo, al hombre y a Dios. “El pensamiento cristiano tiene en el centro al hombre, la investigación sobre el sentido del ser humano y, por lo tanto, también el empeño ético, el compromiso moral del crecimiento de este nuevo humanismo”. Fortaleceos con el estudio, querida comunidad universitaria. Estudiar significa entrar en un diálogo con todo ser humano en la búsqueda de la verdad. Así nos realizaremos como personas, haciendo que el desierto cultural se convierta en un vergel que de significado a la vida.

Dejémonos iluminar por la palabra de Dios en la experiencia cotidiana de debilidad y de esfuerzos por construir una sociedad humana y un mundo justo. Estamos necesitados de una nueva vitalidad intelectual que responda a los retos del momento cultural hoy. Es necesario acoger con un pensamiento libre y creativo en la perspectiva de la fe, las preguntas que brotan de la vida, para hacer

que emerjan con claridad las verdades últimas del ser humano como respuesta a esas preguntas.

Descalcémonos como Moisés ante la zarza ardiente que es la Eucaristía, escuchando la invitación del Señor a participar en su banquete. Amén.